Ia. EDICIÓN DEL PREMIO “EDUCERE” DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE PEDAGOGÍA A LA CREACIÓN ARTÍSTICA SOBRE EL TEMA EDUCATIVO

Cuento breve: Papa yaso

Pseudónimo: Nathan Rêveur

Papa yaso

Esta historia la cuento con mucho cariño, cada que lo hago mis nietos me ven con asombro, bueno los más chicos porque los más grandes terminan mis oraciones, gesticulan con un toque de intolerancia y regresan a su teléfono celular. Añoro tanto el pasado que tengo miedo de quedarme perdido en él, con sus recuerdos nítidos o borrosos y de alguna forma olvidarme de mi presente, que aunque no es muy emocionante, me relaja con su olor a eucalipto y un toque de satisfacción por todo lo que he construido.

Miro la vieja foto con la que siempre inicio el relato, en ella aparece un niño con overol negro, camisa blanca y un sombrero como de mago que le cubría la frente, junto a él aparece un señor, un payaso, su vestimenta no era muy alegre como la de los payasos actuales, de hecho carecía de color, los únicos dos elementos que eran resplandecientes eran su nariz roja y su grande sonrisa. Aquel hombre era mi padre, y el niño, pues nada más que este narrador que ahora habita un cuerpo arrugado, pecoso y lento.

Así es, mi papá era un payaso, el mejor de todos. Un hombre con uno de los trabajos más difíciles del mundo, y no es que los demás no sean complicados, pero el suyo sí que era especial ¿Te imaginas ser el responsable de generar una sonrisa en las personas? Más aun de aquellas que no disfrutan nada y sólo piensan en dinero y negocios, bueno, cuando yo era un niño así eran las cosas y creo que en la actualidad no han cambiado mucho.

Como ves, no era nada fácil su trabajo, pero yo siempre estaba en primera fila para aplaudirle después de su acto, aunque ya me lo supiera de memoria, siempre había algo que me sorprendía o me hacía sentir que todo era algo nuevo.

Vivíamos para el circo y dentro de sus capas y carretas hacíamos nuestra vida, muy distinta a la de los espectadores, nosotros los niños teníamos un proyecto de vida ya establecido, debíamos formar parte del circo, así que nuestros juegos se centraban en la imitación, por lo tanto lo divertido era fingir ser parte del show mientras el público real no estaba y aplaudirnos los unos a los otros.

Recuerdo que cuando tenía diez años, en una de las migraciones de temporada del circo, mientras yo ayudaba a papá a meter nuestras cosas a la carreta en la que nos iríamos en caravana, escuchamos el llanto de Jacinta, los dos volteamos y la vimos pasar corriendo, tras ella su mamá, quien era una de las mejores acróbatas del circo, pero a quien la edad no perdonaba, pues ya empezaba a notarse más cansada al finalizar una función. Después nos enteramos que Jacinta no quería ser parte del circo y que tenia deseos de irse para no volver, pero su mamá no se lo permitió. Mi papá me dijo que seguramente quería irse con un muchacho del público que se le veía rondándola casi del diario.

Entendí que para toda la familia del circo el irse no era una opción y hasta cierto punto me dio miedo. Al día siguiente toda la bolita de niños estábamos molestando a Jacinta con chistes algo crueles, mientras ella nos miraba con rabia, ahora entiendo que para ella lidiar con niños de 6 a 11 años no era nada fácil y ella con sus 15 prefería pasar el rato

sola. Intenté acercarme pero no me lo permitió me botó el bloque de paja en el que se sentaba y salió corriendo.

En la noche la volví a ver apartada de todos, mientras tocaban guitarra y cantaban alrededor de la hoguera, me acerqué a ella y con una mirada de pocos amigos, me preguntó - ¿Qué quieres? - Y yo sólo la miré y le pregunté porque te querías ir. Ella me dijo que no lo entendería y que era una chica adelantada a su época. En algo tenía razón, no entendí porque me dijo eso.

A la mañana siguiente la mamá de Jacinta comenzó a gritar su nombre despertando a todos en la comunidad. Mi papá me dijo - segurito la chamaca ya huyó- después prefirió seguir durmiendo. Yo salí corriendo de nuestra carpa para presenciar a su mamá y a su papá llorar abrazados. Los días pasaron y de Jacinta nadie supo nada, la buscaron en la ciudad, dieron aviso al alcalde y no hubo rastro de ella, fue como si el mundo ignorara su paradero.

El día de irse de ese pueblo llegó y todos partimos con la cara larga, el hermano mayor de Jacinta discutía con José que era el equilibrista y escuché que Jacinta quería ir a una escuela y que él la había ayudado a escapar. En el camino le pregunté a papá lo que era una escuela, y él me dijo que era un lugar muy feo, donde a los niños les pegaban con tablas o varas de madera por no aprender algunas cosas. El miedo que me generó fue tan grande que no me atreví a preguntarle qué es lo que debían aprender ahí.

Esa noche no pude dormir, no podía creer que Jacinta quería que la maltrataran en un lugar horrible como la escuela, la imaginé llorando después de que una tabla de madera golpease sus manos. Cuando desperté supe que había dormido de más porque papá ya no estaba en la carreta, al salir al campo donde estaríamos unas semanas el sol me cegó y después de un tallón de ojos pude ver que la carpa ya estaba totalmente armada y que los otros niños del circo corrían alrededor, la función de ese día sería a las 6:00 Pm, pero la gente ya empezaba a acercarse para preguntar.

Mientras me dirigía a la entrada principal tuve la inquietud de correr libre por el campo, a unos metros de llegar, mi pie se atoró con una bola de pasto o qué sé yo, una trampa mortal para las mentes libres y hasta cierto punto salvajes. Cuando alcé la mirada, una mano con rostro de sol intenso me ayudaba a levantarme. Ya de pie sacudí mis piernas con un pequeño raspón, le di las gracias a la persona que me había ayudado, una persona del público y después regresé a mi camino.

Cuando la función de esa noche empezó vimos un público diferente al que nos habíamos acostumbrado, la gente que estaba sentada en las butacas se veía mejor vestida, incluso Manuel, el hijo del hombre oso (por su gran fuerza y aspecto peludo) me dijo muy emocionado que había visto una niña que olía a rosas, creo que se había enamorado de su olor y no de ella, pero él no lo aceptaba.

Mientras la gente aplaudía todos los números yo me dedicaba a vender cacahuates, esperando claro el turno de mi papá, porque cuando él salía a escena me volvía el peor comerciante del mundo. De pronto sentí que alguien tocaba mi hombro con insistencia y me resistía a hacer caso pues el mejor payaso estaba a punto de entrar en monociclo

haciendo malabares. Volteé y resultó ser el hombre que me había ayudado a levantarme en la mañana, me saludó y me preguntó - ¿Qué haces vendiendo cacahuates? - Y yo con cara de pocos amigos le contesté con una pregunta ¿va a comprar o no? Tomó tres bolsitas, me pagó y me dijo que me quedara con el cambio, vi que estas bolsitas se las había repartido a su esposa y a su hijo.

Cuando el espectáculo terminó me volví a encontrar con aquel hombre, iba caminando de la mano de su esposa, él le dijo algo al oído, la soltó y se dirigió a mí – hola niño ¿Cómo es que te llamas? – Me llamo Pablo, contesté algo asustado –Yo soy Juan, el maestro Juan. Cuando dijo esto mi padre con una mirada extrañada también se acercó esquivando y empujando alguno que otro espectador que se disponía a salir de la carpa, él con un tono poco amable le dijo- ¿Qué quiere con mi muchacho? – Nada, no se moleste, lo que pasa es que nos acabamos de mudar a este pueblo y mi hijo no tiene amigos, además yo soy maestro y quisiera saber si a su muchacho le gustaría entrar a mi escuela, es muy pequeña pero necesitamos niños y él está en la edad perfecta para comenzar. El payaso más alegre del mundo se transformó y le grito al maestro, ¡Pablo no necesita su caridad! ¡No irá a su escuela!- Me jaló del brazo y me llevó al interior de camerinos.

Yo no entendía lo que sucedía ¿en verdad la escuela era un lugar feo? No hablé con nadie de lo sucedido. Dos días después salí a dar una vuelta con otros niños al pueblo en el que nos encontrábamos, le dije a mi papá que le llevaría pan caliente. Mientras caminábamos en sus calles, algunas empedradas y otras aun de tierra me percaté que había diferentes tipos de casas, algunas muy grandes y otras muy sencillas. El mercado estaba lleno de vida y había todo tipo de gente, así como en el circo.

Pregunté a una señora dónde podía comprar pan rico, ella me dijo que en la panadería de don Aurelio, ahí hacían de chocolate y un pan de burro sabroso, me indicó el camino pero me volví a perder. Un anciano me dijo que la panadería estaba junto a la escuela, dicho esto me quedé inmóvil, es la escuela ese lugar tenebroso del que mi papá habla. Como no me movía el anciano me picó con su bastón y me repitió el camino.

Pronto el olor a pan me condujo por el sendero correcto, temía un poco porque a los otros niños les dije que no me tardaría y que los encontraría en el parque, y estar solo junto a un lugar de sufrimiento infantil no era sencillo. Entré a la tienda, compré el pan y salí, supuse que la casa que estaba junto era la escuela, me dio algo de curiosidad y con el sigilo de un gato me acerqué a la ventana. Había niños de todos tamaños, estaban sentados en hileras y veían un cuadro verde con líneas blancas, junto estaba el maestro Juan, que parecía hablarles de algo y apuntando con una vara las líneas del pizarrón. Seguramente esa vara era la que usaba para pegarles a los niños, cuando me iba a retirar, el marco de la ventana se me vino encima y caí.

Creo que hice mucho ruido porque todos los niños se habían levantado de sus mesitas para asomarse a la ventana, el maestro salió corriendo y me encontró tirado – Es la segunda vez que te ayudo a levantar, ¿qué haces por aquí? – Vine por pan, le respondí. Me invitó a desayunar con todos los niños, yo no sabía qué hacer pero terminé aceptando, ellos me contaron que gracias al maestro ya sabían leer y escribir, algunos mejor que otros pero que tenían muchas ganas de aprender. Sólo había 9 niños en el

salón, la escuela era nueva y muy pocos papás se interesaban en que sus hijos asistieran. A uno de los niños que tenía más o menos mi edad le pregunté si era verdad que el maestro pegaba. Él se soltó a reír, y me dijo que eso era mentira, que el maestro Juan era el mejor de todos, que había maestros que si pegaban pero sólo a los que no aprendían, pero que él no era así.

Me sentí aliviado, pero de pronto recordé que mis amigos me esperaban, así que salí corriendo mientras el maestro me alcanzaba a decir que regresara al día siguiente. Cuando llegué al parque mis amigos ya no estaban, regresé al circo y cuando mi papá me vio, sólo negó con la cabeza. Le entregué el pan y le dije que había ido a la escuela, él me miró a los ojos, me interrumpió y me dijo - no quiero que te maltraten- se paró y fue a prepararse para la función.

Al día siguiente me levanté temprano y me fui a la escuela, los niños del circo me vieron partir y aunque no querían, que me fuera lo hice. Cuando llegué a la escuela me volví a presentar y les hablé a los otros niños sobre lo maravilloso que era el circo, creo que les causo un poco de envidia mi estilo de vida. El maestro Juan les dio una lección y al parecer todos ya sabían qué hacer, excepto yo. Él se acercó, me regaló un lápiz y un cuaderno y en seguida escribió algunas palabras que yo siempre pronunciaba: circo, payasos, niños, carpa, entre otras y me dijo lo que significaban. Nunca había visto escribir a un adulto, los carteles del circo siempre estuvieron ahí, me impresioné mucho, cuando fue mi turno de leerlas lo hice bien y las repetí hasta cansarme. Ese fue el inicio de mi alfabetización.

Los días pasaron y aunque a papá no le agradaba mucho que fuera a la escuela me dejó ir, siempre y cuando no me maltrataran. Iba con muchas ganas de aprender, pronto pude unir las sílabas que iba aprendiendo y en una semana, la última del circo en ese lugar, escribí mi primera frase: ***Mi papa yaso es mui bno.***

Ese día fue el más feliz y triste de mí infancia. Regresé de la escuela al circo y le enseñé a mi papá la frase, que aunque él no la sabía leer yo le expliqué lo que decía, él sonrió y me abrazó, me dijo que estaba orgulloso de mi pero que el circo debía irse en esta semana. Yo me sentí muy triste, como si me partieran en dos, deseaba quedarme en la escuela, deseaba irme con el circo, no sabía qué hacer.

Al otro día regresé a la escuela le conté al maestro y me dijo que en cada pueblo al que fuese me podían ayudar otros maestros a aprender. Escribió una carta para que sus colegas me aceptaran en sus salones y me regaló unos libros y cuadernos. De esta manera acabé mis estudios, todos los maestros me felicitaban y me escribían cartas para que el próximo docente me aceptara. Así llego un día en que sentado junto al payaso que me cuidó durante muchos años me preguntara - ¿Qué harás con tu vida? ¿Te quedarás en el circo? ¿Buscarás algo afuera?- Lo abracé y le dije que sería payaso como él, dicho esto se soltó a llorar, sequé sus lágrimas y le conté que también quería ser maestro y cuando lo lograra regresaría a ser payaso y maestro de los niños del circo.

Finalmente lo hice, cumplí mi meta y aunque no fui igual de bueno como mi papá, fui un gran payaso y me enorgullece decir que tuve los dos trabajos más bonitos del mundo.